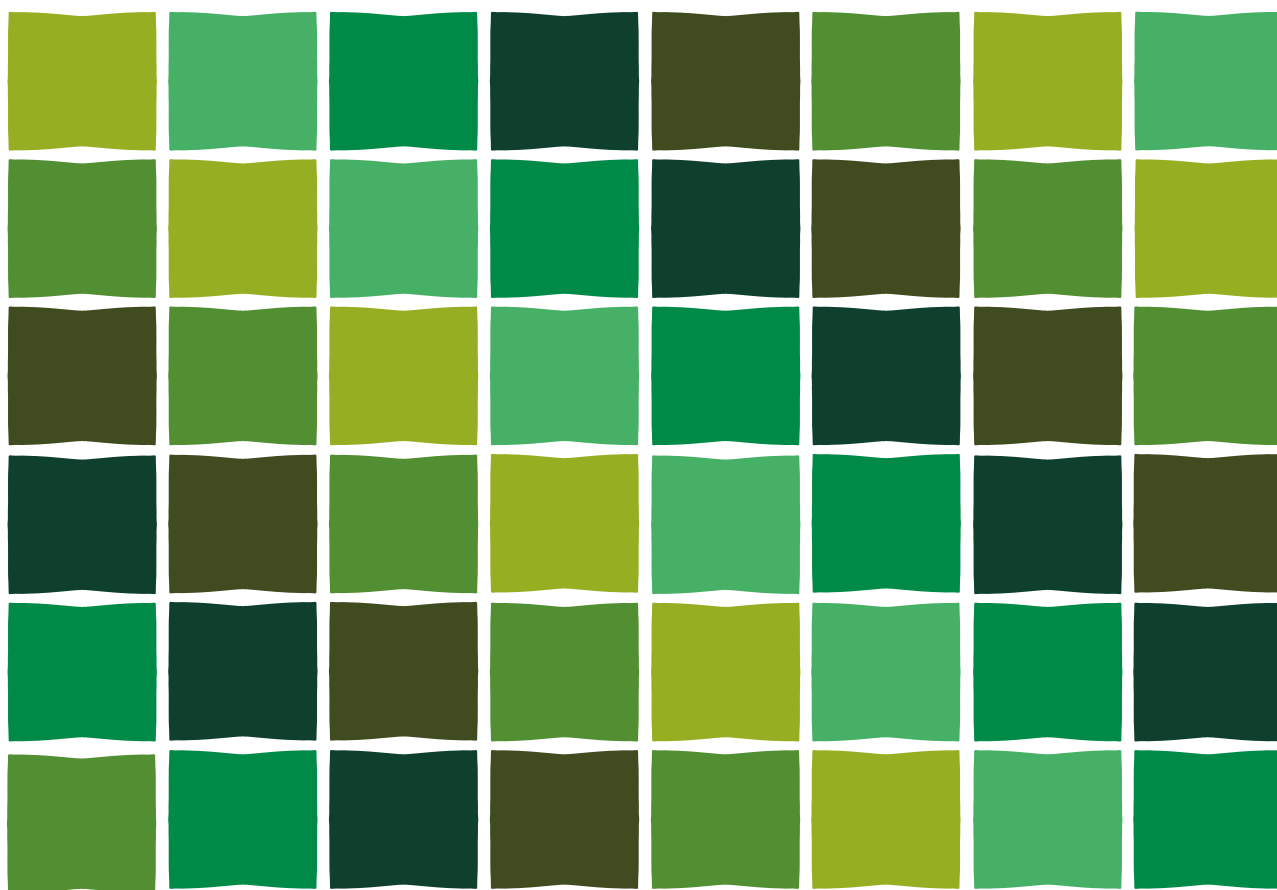


Ricardo Cuenca
Luciana Reátegui
Saúl Elguera

UN COMBO PELIGROSO:

JUVENTUD, DEMOCRACIA Y
AUTORITARISMO EN EL PERÚ



Ricardo Cuenca
Luciana Reátegui
Saúl Elguera

UN COMBO PELIGROSO: JUVENTUD, DEMOCRACIA Y AUTORITARISMO EN EL PERÚ

Documento de Trabajo N.º 308



© Instituto de Estudios Peruanos, IEP Horacio
Urteaga 694, Lima 15072, Lima-Perú
Central telefónica: (51-1) 200-8500 Web:
<www.iep.org.pe>

Libro electrónico de acceso libre disponible en:
<<https://repositorio.iep.org.pe/handle/IEP/1200>>

ISBN digital 978-612-326-365-2

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú, N.º 2026-07033

Documento de Trabajo 308
Serie Sociología y Política, 57

Primera edición digital: julio de 2026

Diagramación: Erick Ragas
Registros: Yisleny López
Coordinación editorial: Odín del Pozo

"Esta publicación ha pasado por evaluación de pares"

Cuenca, Ricardo
Un combo peligroso: juventud, democracia y autoritarismo en el Perú / Ricardo Cuenca, Luciana
Reátegui y Saúl Elguera. Lima, IEP, 2026
(Documento de Trabajo, 308. Sociología y Política, 57)

1. JÓVENES; 2. DEMOCRACIA; 3. AUTORITARISMO; 4. POLÍTICA; 5. ANÁLISIS POLÍTICO; 6.
ASPECTOS SOCIALES; 7. PERÚ

WD/05.01.01/SP/57



Introducción	5
1. Juventud y política en el Perú: ¿qué sabemos?	9
2. Resultados.....	15
3. Reflexiones finales.....	26
Referencias bibliográficas	29



La crisis de representación política en el Perú se ha intensificado en las últimas décadas. Una evidencia ineludible de ello es el creciente desencanto hacia los partidos políticos, el Congreso y otras instituciones del sistema democrático. Los resultados del Barómetro de las Américas para el 2025 mostraban que el 82% de la población se encuentra entre insatisfecho y muy insatisfecho con el funcionamiento de la democracia. Esta tendencia de desafección por el sistema democrático se observa desde hace más de una década, y se ha sostenido de forma constante (LAPOP, 2026; IEP, 2026).

En este contexto, la juventud es uno de los sectores que expresa claramente esta crisis de representación, a la vez que se presenta como uno de los más activos para hacerle frente. Si bien casi el 83% de jóvenes se encuentra insatisfecho con el sistema democrático actual y solo un 25% confía en los partidos políticos (IEP, 2026), algunos estudios han mostrado que los jóvenes peruanos muestran interés en la política y creen en su capacidad de influir en el sistema (Morel, 2018; Fernández-Maldonado, 2015). En ese sentido, aunque las y los jóvenes suelen mostrar altos niveles de desafección política formal, también han emergido como protagonistas en diversas manifestaciones sociales que se produjeron en planos menos institucionalizados, como ocurrió en noviembre de 2020 contra el fallido gobierno de Manuel Merino.

Las movilizaciones contra Merino fueron materia de discusión pública y académica por lo decisivas que resultaron para poner fin al régimen en seis días (Muguerza y Gonzales-García, 2022). La "generación del bicentenario" (Ojo Público, 2020),

como se le llamó en la opinión pública en referencia a los 200 años de independencia del país, fue protagonista tanto del logro de remover el régimen ilegítimo de Manuel Merino, como el blanco de una represión policial que resultó en el asesinato —aún impune— de Inti Sotelo y Bryan Pintado, de 24 y 22 años respectivamente.

En un contexto mediado por la pandemia del COVID-19, dichas protestas revelaron una nueva forma de organización política donde las redes sociales jugaron un papel central. Tanto el Facebook, Twitter, Instagram y TikTok dejaron de ser plataformas de entretenimiento para convertirse en el principal canal de información, convocatoria e indignación colectiva (Alva y Valeriano, 2021). En las marchas contra el régimen de Merino no había una organización con estructura ni bases definidas, sino más bien una manera de hacer política mediada por las redes sociales que, según Villanueva (2021), se caracteriza por ser rápida, expresivamente intensa y profundamente cercana a la experiencia cotidiana de las y los jóvenes.

Sin embargo, con la misma velocidad con la que surgieron, las movilizaciones parecieron desactivarse. Si bien las manifestaciones contra Merino alcanzaron su objetivo principal, no se logró consolidar un movimiento político juvenil más sostenido en el tiempo producto de ello. Chaparro et al. (2024), en un estudio comparativo entre las protestas peruanas de 2020 y el estallido social chileno de 2019, argumentaron que en Chile la identidad social actuó como un puente más sólido entre la emoción y la acción colectiva, gracias a la larga trayectoria del movimiento estudiantil. En Perú, en cambio, la naturaleza coyuntural de las protestas generó una identidad potente pero momentánea, que no logró consolidarse más allá de la crisis. La “generación del bicentenario” demostró una notable capacidad de movilización, pero no la emergencia de un sujeto político juvenil estable.

Este fenómeno no es exclusivo del Perú. Las manifestaciones contra Merino se inscriben en una tendencia regional más amplia, en la que los jóvenes latinoamericanos han protagonizado momentos bisagra como el ya nombrado estallido social chileno de 2019 (Rivera-Aguilera et al., 2021), el auge del feminismo entre mujeres jóvenes (Larrondo y Ponce Lara, 2019) o la emergencia de las nuevas derechas argentinas bajo el liderazgo de Javier Milei (Semán, 2023). En todos estos casos, las formas de participación son más directas y espontáneas, buscan canalizar demandas fuera de los cauces institucionales y, en algunos casos, expresan un desencanto profundo con los procesos democráticos tradicionales (Alvarado-Salgado et al., 2023; Vázquez, 2024). Que las adhesiones vayan desde el feminismo hasta las nuevas derechas revela que la renovada participación juvenil tiene basamentos heterogéneos, no adscrita a un marco ideológico específico.

A pesar de esta heterogeneidad de demandas, Clerici, Kessler y Vommaro (2025) argumentaron que las nuevas generaciones en América Latina han mostrado un desapego democrático que no es apático, sino activo, orientado hacia liderazgos fuertes que prometen eficacia por encima del respeto a las reglas institucionales. Se trata de una generación que ingresó al mercado laboral tras el fin del ciclo de las materias primas y que experimentó procesos de privación relativa. Dicho de otro modo, experimentó una distancia entre las expectativas forjadas en el período de bonanza económica y las oportunidades efectivamente disponibles. Al

mismo tiempo, esta generación combina un marcado progresismo cultural —liderazgo global en apoyo al matrimonio igualitario, la despenalización del aborto y los derechos de las disidencias— con un mayor punitivismo y un desapego hacia la democracia institucional que los autores asocian con una configuración ideológica neoautoritaria. Esta combinación expresa la tensión entre valores de reconocimiento individual y desconfianza hacia las instituciones colectivas, una tensión que parece enraizada en experiencias concretas de exclusión, precariedad y promesas incumplidas (Clerici, Kessler y Vommaro, 2025).

Este escenario vuelve urgente repensar el vínculo entre juventud y política, especialmente cuando las acciones colectivas juveniles han logrado configurar buena parte de las agendas públicas, pero desde lógicas que se distancian de las formas tradicionales de acción colectiva desarrolladas a fines del siglo XX (Vommaro y Cozachcow, 2023). En países como Perú, además, ese interés político se produce en un contexto de fragmentación donde las demandas son diversas y difícilmente canalizables por un movimiento o partido de derecha o izquierda (Coronel, 2023).

En el contexto de un año electoral peruano en el que alrededor de 6 millones 700 mil jóvenes votaron, este documento busca problematizar la relación entre democracia y juventud, entendiendo que dicho vínculo no puede abordarse únicamente desde una perspectiva normativa o institucional. La hipótesis central que orienta el análisis es que cuando el interés político juvenil no se traduce en apoyo al régimen democrático, se abre la posibilidad de inclinarse hacia opciones autoritarias. A esto lo hemos denominado un *combo peligroso*: interés por la política, insatisfacción con la democracia y apertura a alternativas autoritarias. Para ello, examinamos los motivos detrás de la desafección democrática en jóvenes peruanos de entre 18 y 24 años, así como los factores asociados al interés de estos jóvenes por gobiernos autoritarios.

El análisis parte de una concepción ampliada de la juventud. La entendemos como una construcción social e histórica, y no como una simple etapa biológica o de tránsito hacia la adultez (Margulis y Urresti, 1988). Desde esta perspectiva, la juventud constituye un punto de observación privilegiado para analizar los procesos de cambio social y político, pues en ella se expresan con claridad las tensiones entre las promesas democráticas y las experiencias concretas de exclusión, precariedad y desencanto. En términos de Melucci (1996), los movimientos juveniles pueden comprenderse como “profetas del presente” o agrupaciones que no son simplemente el resultado de alguna crisis, sino la expresión de una transformación profunda en la lógica que guía a las sociedades, que anuncia un cambio ya presente pero difícil de percibir y, por ello, de interpretar.

Como sostienen Tilly y Wood (2009), las democracias contemporáneas deben comprenderse como sistemas en disputa constante, donde la participación se redefine a través de repertorios cambiantes de acción colectiva. En América Latina, investigaciones recientes han mostrado que las formas tradicionales de participación conviven y se tensionan con nuevas expresiones de involucramiento juvenil que articulan lo político con lo cultural, lo ético y lo emocional (Palenzuela Fundora, 2018; Vommaro, 2015). Desde esta perspectiva, este estudio concibe a

las juventudes como actores centrales para repensar la democracia más allá de sus marcos institucionales. La relación juventud-democracia no se entiende aquí como un problema de participación insuficiente, sino como un campo de disputa donde se reconfiguran los significados de la ciudadanía, la representación y la acción colectiva en el Perú.

Metodológicamente, con la finalidad de indagar de forma cuantitativa la relación entre los jóvenes y la democracia se emplearon principalmente dos fuentes de información: el Barómetro de las Américas y el módulo de Gobernabilidad, Democracia y Transparencia de la Encuesta Nacional de Hogares (ENAHOG).

La información del Barómetro de las Américas corresponde a sus rondas de 2006 a 2023 y se centró en las variables relacionadas con el interés en la política y las actitudes frente a la democracia. Para examinar la posible relación entre la edad y dichas variables, los resultados se desagregaron según la cohorte etaria a la que pertenecen los encuestados.

Para la ENAHOG, se utilizaron las ediciones comprendidas entre 2007 y 2024, a partir de las cuales se obtuvo información sobre la opinión de la población de 18 años a más respecto a diferentes aspectos de la democracia. La variable dependiente de la regresión se definió como una dicotómica que tomó el valor 1 si en la siguiente pregunta de la ENAHOG: "¿Con cuál de las siguientes opciones, está Ud. más de acuerdo? responde "en algunas circunstancias, es preferible un gobierno autoritario que no democrático".¹ En tanto, las variables independientes que se incluyeron fueron características sociodemográficas (sexo, edad, nivel educativo, área de residencia y ubicación geográfica), aspectos de la situación económica (condición de pobreza, acceso a bienes y servicios, evaluación de los ingresos del hogar y percepción de la situación económica del hogar) y la valoración del funcionamiento de la democracia. Los resultados se controlaron por efectos fijos temporales, y los errores estándar se agruparon a nivel distrital. Con todos los años combinados como un *pool* de datos, se estimó una regresión logística orientada a identificar los factores asociados a la probabilidad de aprobar un gobierno autoritario. La muestra total analizada estuvo compuesta por 415,570 personas mayores de 18 años.

1. La pregunta planteaba las siguientes opciones 1) Un gobierno democrático es siempre preferible; 2) En algunas circunstancias, es preferible un gobierno autoritario que uno democrático; 3) Me da lo mismo que se democrático o autoritario; 4) No sabe. El encuestado indicó como respuesta la segunda alternativa y 0, si marcaba otra.



Juventud y política en el Perú: ¿qué sabemos?

La relación entre juventud y política en el Perú no puede entenderse al margen del proceso histórico que la produce. La generación que este estudio analiza no vivió la antipolítica fujimorista como experiencia formativa directa, pero esta constituye su antecedente inmediato e indispensable para comprender el entorno en que sí se socializó; lo que aquí llamamos no-política; es decir, el vaciamiento de la pretensión misma de gobernar para el bien colectivo. Comprender cómo ese entorno moldea las actitudes de los jóvenes frente a la democracia y el autoritarismo exige revisar lo que la investigación peruana ha documentado hasta ahora, así como identificar los elementos que permitan problematizar el vínculo entre juventud, política y democracia.

Como antecedente de ese proceso, la noción de antipolítica desarrollada por Carlos Iván Degregori (2013) permite comprender el carácter excepcional, corrosivo y prolongado del fujimorismo. La antipolítica no solo designa un estilo de gobierno; más bien, da cuenta de la negación de la política en su sentido clásico —la construcción de consensos, la negociación y el debate público— y su reemplazo por un ejercicio personalista, autoritario y mediático del poder. El ascenso de Fujimori se produjo en un país arrasado por la crisis económica, el terrorismo y el descrédito de los partidos políticos, lo que abrió el camino al outsider que se presentó como “gerente” y “salvador”, capaz de imponer orden sin someterse a la institucionalidad democrática. El autogolpe de 1992 selló esta lógica a través del desmantelamiento del Congreso y del Poder Judicial, lo que fue interpretado por amplios sectores de la población como un acto necesario, confirmando la

percepción de que la política tradicional había fracasado. Degregori advierte que las consecuencias de la antipolítica no se limitaron al debilitamiento institucional, también afectaron la autoestima ciudadana, al normalizar la subordinación frente al poder autoritario y al convertir al Estado en un actor que compra lealtades en lugar de cultivar ciudadanía.

Lo que el Perú experimenta en las décadas siguientes —y lo que sí constituye el entorno de socialización de la generación analizada— resulta cualitativamente distinto y, en cierto sentido, más grave. La antipolítica fujimorista implicaba al menos un proyecto basado en el desprecio activo a la política como instrumento deliberado de poder. Lo que se instala después de la transición democrática es algo más difícil de nombrar: una no-política; es decir, la renuncia a la idea elemental de que gobernar consiste en tomar decisiones orientadas al bienestar colectivo. Las instituciones estatales, los partidos políticos y los movimientos sociales parecen haber abandonado esa pretensión, atrincherándose en intereses particulares y produciendo leyes que no cumplen su propósito, reformas sin contenido y acuerdos que no obligan a nadie. No se trata ya del desprecio a la política, sino de su vaciamiento. Una perversión que consideramos más corrosiva precisamente porque no tiene un autor identificable ni una lógica coherente que combatir. Para los jóvenes que este estudio analiza, la democracia no es una promesa traicionada por un régimen autoritario, es una experiencia cotidiana de instituciones que simplemente no funcionan para nadie.

Este diagnóstico tiene raíces tempranas en la investigación peruana. A inicios de siglo, Macassi (2002) advertía que el retorno formal a la democracia no era condición suficiente para reconstruir el vínculo entre los jóvenes y la política. Entre la voluntad del Estado y la participación juvenil efectiva operaban factores como el clientelismo, el prebendismo y la fragmentación institucional que instrumentalizaban o neutralizaban el activismo juvenil. Macassi identificaba una mayoría de “jóvenes anónimos” —ni en riesgo ni integrados a los circuitos formales de liderazgo— que quedaban fuera de las políticas juveniles y de la vida pública. En la misma línea, Venturo (2001) describía una juventud marcada por el vacío de futuro y la desilusión heredada. Una generación “displicente y convencional”, más enfocada en el consumo y la inmediatez de la cultura de masas que en la crítica al sistema. Ante el colapso de los discursos políticos tradicionales, la participación se atomizó en “movidas juveniles” autocentradas y carentes de impacto político duradero, mientras que el “juvenilismo” —la infantilización política por parte de los adultos— impedía que la juventud se constituyera como actor político relevante. Estas advertencias, formuladas hace más de veinte años, anticipan en buena medida el panorama actual.

Lo que la investigación empírica posterior ha documentado sobre las actitudes concretas de los jóvenes peruanos en la política es, sin embargo, heterogéneo y en ocasiones contradictorio. No todos los estudios confirman la imagen de una juventud políticamente inerte. En algunos casos se muestra desafección, en otras formas activas de participación, y varios describen situaciones más ambiguas en las que el interés coexiste con la desconfianza. Esa heterogeneidad no es casual,

más bien refleja las condiciones de la no-política, un entorno que no produce respuestas uniformes sino trayectorias diversas de relación con lo político.

En el extremo que cuestiona la tesis de la indiferencia, Alonso Maraño (2017) examina cómo los universitarios peruanos interpretaron lo político durante las movilizaciones de 1997 y 1998; es decir, en el momento de quiebre entre la anti-política fujimorista y la transición que vendría. Frente a la represión estatal y la deslegitimación de la actividad partidaria, los estudiantes de la PUCP y la UNMSM articularon sentidos distintos de la protesta. Los primeros enfatizaron la defensa de la democracia y el rechazo a la “política tradicional”; mientras que los segundos vincularon sus demandas a la autonomía universitaria y a la gratuidad educativa. Sin embargo, la represión estatal de 1998 transformó el escenario. La violencia ejercida por el Estado generó un horizonte común de indignación que reconfiguró la identidad de los estudiantes como actores políticos en resistencia a la dictadura, fortaleciendo la articulación entre universidades y ampliando su repertorio de alianzas.

El análisis de Maraño muestra que, contrariamente a la tesis de la indiferencia juvenil, los sentidos de lo político entre los estudiantes fueron heterogéneos, dinámicos y capaces de articular un proyecto democrático común frente al autoritarismo. Se trató, sin embargo, de un momento excepcional, dado que la movilización se produjo frente a una dictadura identificable, que contrasta con el entorno difuso e inarticulado de la no-política en que se socializaría la generación siguiente.

Como en el caso del estudio de Maraño, la mayoría de las investigaciones sobre juventud y política que se produjeron post transición democrática, lo han hecho desde la participación en el contexto universitario. La investigación de César Nureña (2017) sobre la cultura política en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos —durante un periodo que abarcó del 2013 al 2015— revela que un alto interés declarado en la política convive con una participación reducida en organizaciones formales. Nureña introduce el concepto de “*desencanto político focalizado*” para explicar este fenómeno, argumentando que el alejamiento de la política no es una apatía generalizada, sino el resultado de la frustración con un sistema universitario rígido, que opera bajo lógicas clientelares y excluye la participación autónoma de los estudiantes. Este contexto institucional no solo inhibe la acción política, sino que también contribuye a que las organizaciones estudiantiles sean percibidas como ineficaces o corruptas. La tesis subraya, por tanto, que la desmovilización no es un rasgo inherente de los jóvenes, sino una consecuencia directa de barreras estructurales que bloquean sus intentos de cambio y activismo.

El estudio también identifica diversas trayectorias de socialización política y patrones de cultura política que coexisten en el campus sanmarquino. Nureña distingue entre un activismo prefigurado por una “herencia” familiar, donde la política es una vocación persistente, y otro más volátil, concebido como una “aventura” personal que surge de crisis o búsquedas individuales. Además, la investigación delinea configuraciones de cultura política, desde la visión “centralizada” de grandes transformaciones sociales hasta la “tecnocrática” que prioriza la eficacia sobre la ideología. Esta diversidad de perfiles demuestra que no existe una única forma de entender y practicar la política entre los jóvenes universitarios peruanos,

sino un complejo entramado de concepciones que reflejan sus orígenes, motivaciones y las limitaciones impuestas por el entorno institucional.

La investigación de Cano-Correa, Quiróz-Velasco y Nájjar-Ortega (2017) sobre la participación política de los jóvenes universitarios en Lima muestra que, a pesar de la clara desconfianza hacia los partidos e instituciones políticas formales, los universitarios limeños no muestran una apatía total hacia lo público y la política. Por el contrario, un 65% de los encuestados se declaró interesado en la política y una abrumadora mayoría (95,8%) consideró que es su responsabilidad preocuparse por los problemas del país. El estudio destaca una diferencia significativa entre estudiantes de universidades públicas y privadas. Los primeros sienten un compromiso más inmediato y directo, motivado por la responsabilidad de retribuir a la sociedad por su educación, mientras que los segundos conciben su contribución como un proyecto futuro, posterior a su inserción en el ámbito laboral. Este hallazgo sugiere que, si bien la desconfianza desincentiva la participación en estructuras tradicionales, existe una consciencia cívica latente y un deseo de incidir en la realidad nacional.

El artículo también subraya el papel crucial de los medios de comunicación y las redes digitales en la formación de la opinión política de los jóvenes. Si bien la televisión continuaba siendo la principal fuente de información, los universitarios mantenían una actitud crítica y desconfiada hacia los medios, lo que los impulsa a confrontar diversas fuentes para verificar la información. Las redes sociales son valoradas por la inmediatez y la libertad de expresión que ofrecen, pero a la vez generan recelo sobre su veracidad. A pesar del potencial interactivo, la investigación concluye que las redes son subutilizadas para la construcción de autonomía política, limitándose a un uso pasivo de consumo de información y opinión. De este modo, la investigación evidencia que la falta de participación activa en estructuras políticas se ve complementada por una nueva forma de compromiso que, aunque informada y crítica, aún no se traduce plenamente en una acción organizada y efectiva.

Respecto a las actitudes políticas de los estudiantes de San Marcos, el estudio de Nureña, Ramírez y Salazar (2013) muestra que la cultura política y las actitudes hacia la democracia de los estudiantes encuestados guardaba una relación más cercana a una visión liberal y centrista. Los estudiantes tienden a tener una concepción liberal de la democracia, asociándola principalmente con la libertad de expresión y el respeto a los derechos. La mayoría (70,9%) prefiere la democracia a cualquier otra forma de gobierno. Políticamente, el "centrismo" fue la tendencia dominante (45%), aunque con una inclinación general hacia la izquierda (29%) en comparación con la derecha (24%). Asimismo, se mostró un interés político diferenciado, ya que existió un interés mayoritario en la política nacional (66%), pero este disminuyó notablemente cuando se trata de la política al interior de la universidad (48%).

Tomando en consideración un contexto territorial diferente, fuera de Lima, el estudio de Noelia Chávez (2016) sobre la Universidad Nacional de la Amazonía Peruana (UNAP) en Loreto se pregunta por las organizaciones estudiantiles en un territorio marcado por la ausencia de un movimiento estudiantil articulado y una

marcada apatía política formal. Al respecto, Chávez señala que las organizaciones estudiantiles en esta universidad se multiplicaron porque funcionaron como sustitutos partidarios y operadores del clientelismo regional. Los estudiantes de la UNAP no se movilizaban por agendas educativas, sino que se insertaban en redes de la política subnacional generadas por el proceso de descentralización, aprendiendo formas de participación basadas en el intercambio de lealtades más que en el compromiso democrático. Este hallazgo es relevante para el argumento general del estudio: en contextos donde la política se aprende bajo lógicas clientelares — que son las predominantes en muchas regiones del país—, la predisposición hacia formas autoritarias de gobierno puede resultar más comprensible, aunque no por ello menos preocupante.

Más allá del contexto universitario, el estudio de Huamán et al. (2022) sobre liderazgos juveniles rurales amplía el cuadro al mostrar que la participación política de los jóvenes fuera de Lima opera bajo condiciones estructuralmente distintas. Las juventudes rurales —definidas como sujetos “rururbanos” que transitan entre el campo y la ciudad en busca de educación y trabajo— construyen sus liderazgos en espacios que varían según el territorio como cooperativas y asociaciones en los valles interandinos, organizaciones indígenas en la Amazonía, iniciativas de protección ambiental en zonas altoandinas. En ninguno de estos espacios el partido político constituye un canal relevante de participación; las instituciones públicas, cuando aparecen, son percibidas como fuentes de experiencia laboral antes que como aliados políticos. A esto se suma una competencia intergeneracional que posterga el acceso al liderazgo formal —en comunidades campesinas, la propiedad de la tierra que habilita la participación plena suele llegar recién en torno a los cuarenta años— y una brecha de género que recarga sobre las mujeres jóvenes una triple carga productiva, doméstica y política. Como en el caso documentado por Chávez para Loreto, lo que aparece no es indiferencia sino una participación que aprende sus formas al margen de la institucionalidad democrática formal, en territorios donde esa institucionalidad ha tenido históricamente una presencia débil o extractiva.

Para el caso de la participación política de los jóvenes en espacios políticos formales, como los partidos políticos, el estudio de Iris Jave y Diego Uchuypoma (2016) aborda la militancia juvenil en un sistema político peruano caracterizado por la desafección generalizada y la fragilidad de sus partidos. La investigación se centra en dos organizaciones históricas, el Partido Aprista Peruano (PAP) y el Partido Popular Cristiano (PPC), y busca entender qué motiva a los jóvenes a unirse a ellas a pesar de su percibida crisis. Los autores revelan que, más allá de los incentivos puramente instrumentales, la adhesión de los jóvenes se fundamenta en diversos factores. La socialización política a través de la familia y la educación es un canal fundamental que transmite la tradición y la ideología partidaria. A esto se suma una vocación de servicio y la admiración por los líderes y la historia del partido, elementos que configuran un capital simbólico clave. Este capital ofrece a los jóvenes un sentido de pertenencia y una guía para interpretar la realidad, reforzado por lazos de solidaridad que funcionan como una red de apoyo social. Por tanto, se evidencia que la militancia no es solo una búsqueda de poder, sino una forma de identidad y de compromiso cívico que subsiste en un entorno político hostil.

El análisis también profundiza en cómo las organizaciones partidarias se adaptan para atraer y retener a estos jóvenes, aunque con limitaciones. Si bien los partidos ofrecen un capital administrativo a través de la formación, el acceso a líderes y la oportunidad de postular a cargos, estos canales formales son a menudo percibidos como rígidos e inoperantes. La burocracia y las estructuras debilitadas por las crisis internas llevan a los jóvenes a buscar canales informales de participación. El uso de redes sociales, junto con la creación de redes personales e iniciativas propias, se convierte en el motor de la actividad militante, demostrando la capacidad de los jóvenes para innovar y subsanar las carencias de sus partidos. Este fenómeno resalta una tensión inherente entre la necesidad de renovación que impulsan las nuevas generaciones y las estructuras tradicionales. A pesar de los desafíos, como las persistentes desigualdades de género, la investigación concluye que la militancia juvenil no solo se mantiene activa, sino que es un factor de resiliencia y adaptación dentro del deteriorado sistema de partidos peruano.

Los textos reseñados muestran una juventud universitaria políticamente interesada pero desconfiada de las instituciones, y sin un horizonte ideológico claramente articulado. No obstante, recientemente, Gil Piedra (2025) documenta algo cualitativamente distinto. Se trata de colectivos universitarios con una agenda conservadora explícita —revisión de la narrativa de derechos humanos sobre el conflicto armado interno, políticas de mano dura, defensa de valores religiosos tradicionales— que se forman, coordinan y proyectan en red con articulación deliberada hacia partidos de derecha. El propio Gil Piedra señala que la politización juvenil en el Perú ya no es patrimonio exclusivo de la izquierda ni se expresa únicamente en clave contestataria, al contrario, en un escenario de extremo debilitamiento del sistema de partidos y creciente desafección democrática, está emergiendo un conservadurismo juvenil organizado que busca disputar la hegemonía cultural desde la constancia y la formación, no desde la coyuntura.

En línea con la problemática planteada, el presente documento de trabajo busca empezar a problematizar si el interés político de los jóvenes, lejos de ser un indicador de salud democrática, puede coexistir —y articularse— con la insatisfacción con la democracia y la apertura hacia salidas autoritarias. Esa combinación no está en disputa con lo que la investigación previa describe; al contrario, consideramos que es una consecuencia lógica en un entorno donde la política ha sido vaciada de sentido colectivo y los jóvenes han aprendido a interesarse por ella sin confiar en sus instituciones ni encontrar en ellas un cauce efectivo. El combo peligroso no produce un solo tipo de salida política, más bien, el desencanto con la democracia puede canalizarse tanto hacia el activismo espontáneo y difuso como hacia proyectos ideológicamente definidos con capacidad de incidencia institucional de largo plazo. Identificar con precisión esa combinación, y comprender sus condiciones de posibilidad, es lo que los apartados siguientes se proponen.

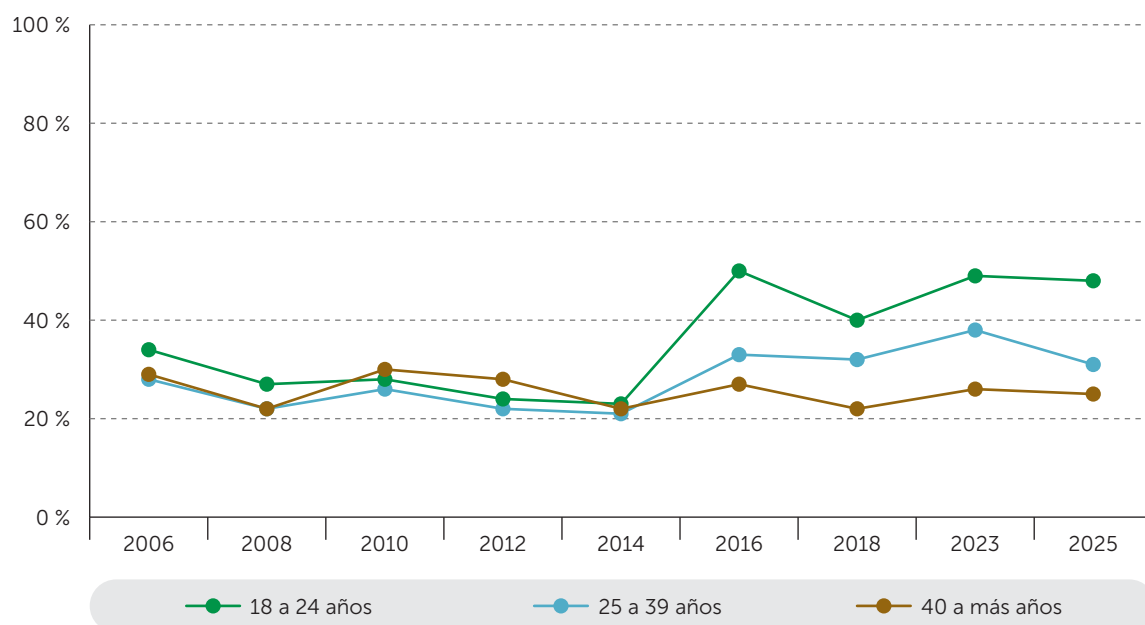


Los datos analizados permiten trazar un mapa general sobre las actitudes políticas juveniles en el Perú contemporáneo y, por ello, hemos organizado los resultados en torno a tres principales elementos. Primero, se examina la evolución del interés político juvenil en el Perú entre 2006 y 2025. Luego, se analiza la relación entre ese interés creciente y el aumento de la predisposición hacia gobiernos autoritarios, prestando atención a las diferencias por sexo y nivel educativo. Finalmente, se identifican los principales determinantes de esa predisposición, con especial énfasis en el papel de las percepciones económicas y de la evaluación del funcionamiento democrático. Los resultados muestran patrones diferenciados que complejizan la imagen del “combo peligroso” y abren nuevas preguntas sobre sus condiciones de posibilidad.

Un primer dato que llama la atención es el aumento del interés en la política por parte de las y los jóvenes en la última década. Como se aprecia en el siguiente gráfico, para el grupo de 18 a 24 años, el año 2016 marca un punto de inflexión. Desde ese momento, el interés en los asuntos políticos creció en alrededor de diez puntos porcentuales. Este incremento coincide con un periodo de fuerte inestabilidad institucional que diversos estudios identifican como el inicio del deterioro del sistema democrático peruano (Ilizarbe, 2023; Dargent y Rousseau, 2021; Barrenechea y Encinas, 2022).

Gráfico 1

INTERÉS POR LA POLÍTICA SEGÚN COHORTE DE EDAD (2006-2025)



Fuente: Barómetro de las Américas (CGD LAPOP)
Elaboración propia

Desde ese año, el país ha atravesado una serie de episodios que socavaron la confianza ciudadana y el funcionamiento de las instituciones representativas: la censura de ministros de Estado —como la del titular de Educación Jaime Saavedra en 2016—, el controvertido indulto al expresidente Alberto Fujimori en 2017, la renuncia de Pedro Pablo Kuczynski en 2018, la disolución del Congreso dispuesta por Martín Vizcarra en 2019, la crisis derivada por las infundadas denuncias de fraude y la imposibilidad de reconocer los resultados electorales por parte del fujimorismo, y la posterior destitución de Pedro Castillo en 2022 tras su intento de autogolpe. En conjunto, estos acontecimientos expresan un proceso de erosión de la institucionalidad democrática y de debilitamiento de los mecanismos de representación política, lo cual configura un contexto particularmente complejo para la socialización política de las nuevas generaciones.

Pero el mayor interés por la política de parte de los jóvenes no es un fenómeno que solo se ha producido en Perú. En otros países de la región como Argentina, Brasil o Chile, se viene discutiendo el renovado interés por la política de parte de los más jóvenes. Por un lado, se ha esgrimido que la cuarta ola del feminismo generó una adhesión de muchas mujeres jóvenes en un espacio político no partidario que incluso fue denominado como “la revolución de las hijas” (Peker, 2019), por la primacía de mujeres jóvenes como protagonistas del movimiento. Si bien se presentaron demandas concretas como la campaña a favor del aborto legal y la lucha contra la violencia de género, estos movimientos marcaron nuevas maneras de activismo más independiente y móvil —expresiones artísticas, uso de la corporalidad y elementos distintivos (pañuelo verde)— respecto a agrupamientos más rígidos como los partidos políticos (Larrondo y Ponce Lara, 2019; Faur, 2019).

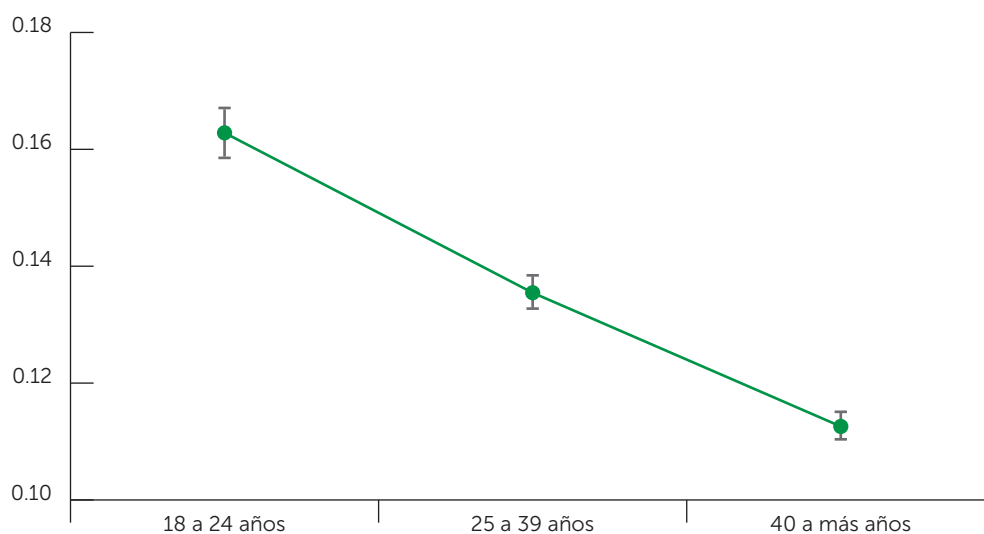
Pero, también, en los últimos años la emergencia de las nuevas derechas latinoamericanas, como el caso de Javier Milei o Jair Bolsonaro, han mostrado un amplio núcleo de jóvenes que empiezan a militar estas ideas. Como muestran los diversos autores en el libro editado por Pablo Semán (2023), los jóvenes que militan las ideas de Milei no provienen de un sector social específico; más bien, el espacio político libertario generó una adhesión en jóvenes de amplios sectores sociales. De acuerdo con Vázquez (2022), la pandemia de COVID-19 se constituyó en un escenario clave para la emergencia y visibilización de jóvenes vinculados a las llamadas “nuevas derechas”. Las medidas de aislamiento social y control sanitario impulsadas por el Estado generaron marcos de injusticia, es decir, interpretaciones colectivas que presentaron la acción gubernamental como ilegítima o desproporcionada. En este contexto, los jóvenes activistas de derecha elaboraron discursos en los que calificaron la gestión de la crisis como “autocrática” y “poco democrática”. A través de consignas como “*déjame respirar*”, la crítica a la “cuarentena más larga del mundo” o la noción de “*infectadura*”, construyeron una retórica de defensa de las libertades individuales frente al control estatal (Vázquez, 2022, p.112).

Estas divergencias en el tipo de adhesiones juveniles muestran que el creciente interés por la política no necesariamente ha sido canalizado por una sola opción política, sino que se ha producido de formas heterogéneas. No obstante, algo que llama la atención es que actualmente este mayor vínculo de los jóvenes con la política también se ha producido en un contexto de mayor insatisfacción por la democracia como régimen político. Es decir, los jóvenes en la región muestran una tendencia mayor a preferir gobiernos de corte autoritario. Esto también se observa en el caso peruano, ya que, si bien las y los jóvenes muestran un aumento del interés por la política, también ha aumentado su aceptación por gobiernos de corte autoritario en los últimos años.

De hecho, los resultados del análisis de regresión muestran que pertenecer al grupo de jóvenes de 18 a 24 años incrementa significativamente la probabilidad de aprobar un gobierno autoritario en comparación con los adultos mayores de 65 años o más. En particular, las probabilidades estimadas indican que los jóvenes de 18 a 24 años constituyen el grupo etario con mayor predisposición hacia este tipo de gobiernos, alcanzando una probabilidad aproximada de 17% de aprobarlos. Ello, además, ha estado acompañado de un aumento de la desconfianza en las instituciones democráticas como el Congreso, la Presidencia o las elecciones desde el año 2012.

Gráfico 2

PROBABILIDAD DE APROBAR UN GOBIERNO AUTORITARIO SEGÚN GRUPO DE EDAD



Elaboración propia.

Una pregunta respecto a esta tendencia es si el descontento por la democracia se debe a un comportamiento propio de esa etapa de vida juvenil, o si es una particularidad de las nuevas generaciones. Para el caso de los países de la Unión Europea y Estados Unidos, Roberto Foa et al. (2020) evidencian que el menor nivel de satisfacción con la democracia constituye una característica generacional y no simplemente una fase asociada al ciclo vital. Ello también se observa en algunos países de la región, ya que como muestran Paula Clerici, Gabriel Kessler y Gabriel Vommaro (2025) las cohortes de edad más jóvenes muestran una mayor insatisfacción con el funcionamiento de la democracia y es el grupo que expresa una menor adhesión a preferir la democracia frente a cualquier otra forma de gobierno. En línea con ello, los autores señalan que este segmento manifiesta actitudes relativamente más permisivas hacia la posibilidad de que, en contextos de corrupción o crisis, el Poder Ejecutivo actúe por fuera de la Constitución, e incluso presenta mayores niveles de acuerdo con la idea de que los militares intervengan para destituir a un presidente en situaciones críticas.

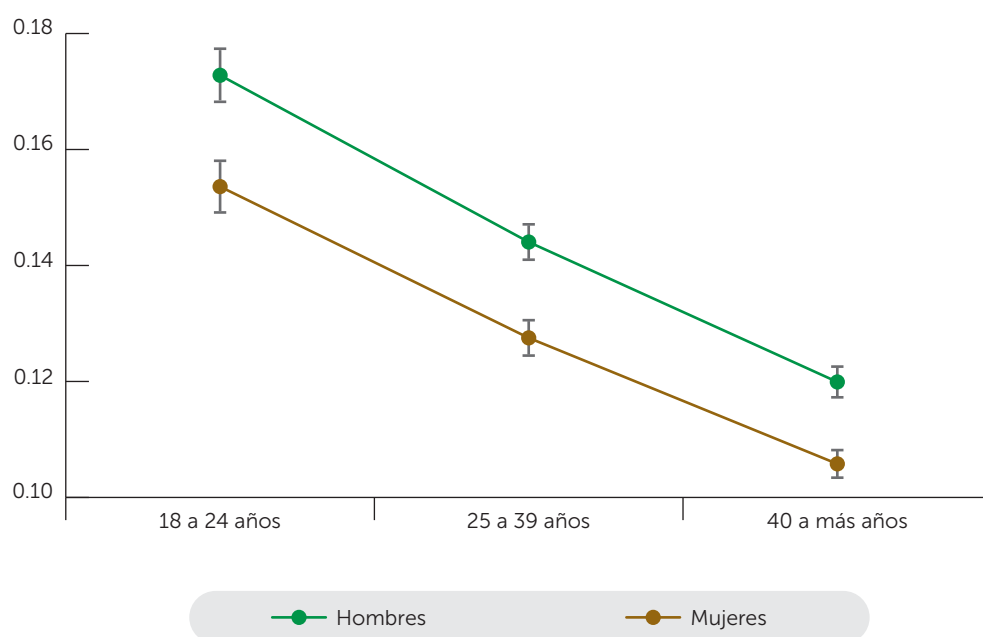
Por otro lado, varios artículos periodísticos han hablado de una brecha de género muy clara que actualmente permea las identidades políticas juveniles (Cain Miller, 2024). Las mujeres jóvenes tienden a votar más por partidos que representen ideas progresistas y/o de izquierdas, mientras que los hombres más bien votan por las nuevas derechas o muestran adhesiones más claras con movimientos conservadores. La investigación de Dorde Milosav y otros (2025) analiza las tendencias electorales de los votantes en las elecciones del Parlamento Europeo. Los resultados muestran la consolidación de una brecha de género juvenil en el apoyo a los partidos de extrema derecha, significativamente mayor en la cohorte de jóvenes (16-29 años) que en los grupos de mayor edad. En dichas elecciones, el 21% de los hombres jóvenes votó por partidos de extrema derecha, frente al 14% de las mujeres del mismo grupo etario. Este patrón, consistente tanto en el voto efectivo como en

la propensión a votar, refleja un aumento sostenido del respaldo masculino juvenil a la extrema derecha, mientras que las mujeres jóvenes se posicionan como el grupo menos proclive a este tipo de opciones políticas. Los análisis sugieren que esta brecha responde a factores generacionales y no meramente a efectos de ciclo vital.

En el caso peruano, el Gráfico 3 revela la existencia de una brecha de género en la actitud de los jóvenes frente al autoritarismo. Ser mujer reduce la probabilidad de aprobar un gobierno autoritario en comparación con los hombres. Al analizar las probabilidades estimadas por grupo de edad y sexo, es posible observar que los hombres jóvenes muestran consistentemente una mayor probabilidad de aprobar un gobierno autoritario que las mujeres del mismo grupo etario, aunque la magnitud de esa diferencia varía según los periodos analizados. Este resultado dialoga con los debates latinoamericanos sobre la “masculinización” de ciertas formas del activismo de derecha (Clerici, Kessler y Vommaro, 2025; Hinsliff, 2025) y con la hipótesis de que la expansión de las agendas feministas en el Perú ha generado en las mujeres jóvenes una mayor identificación con la democracia como régimen de derechos, mientras que en algunos hombres jóvenes podría haber producido el efecto contrario. Esta tensión, presente también en el debate europeo, aún no ha sido suficientemente estudiada en el contexto peruano y constituye una agenda de investigación pendiente.

Gráfico 3

PROBABILIDAD DE APROBAR UN GOBIERNO AUTORITARIO POR GRUPO DE EDAD Y SEXO

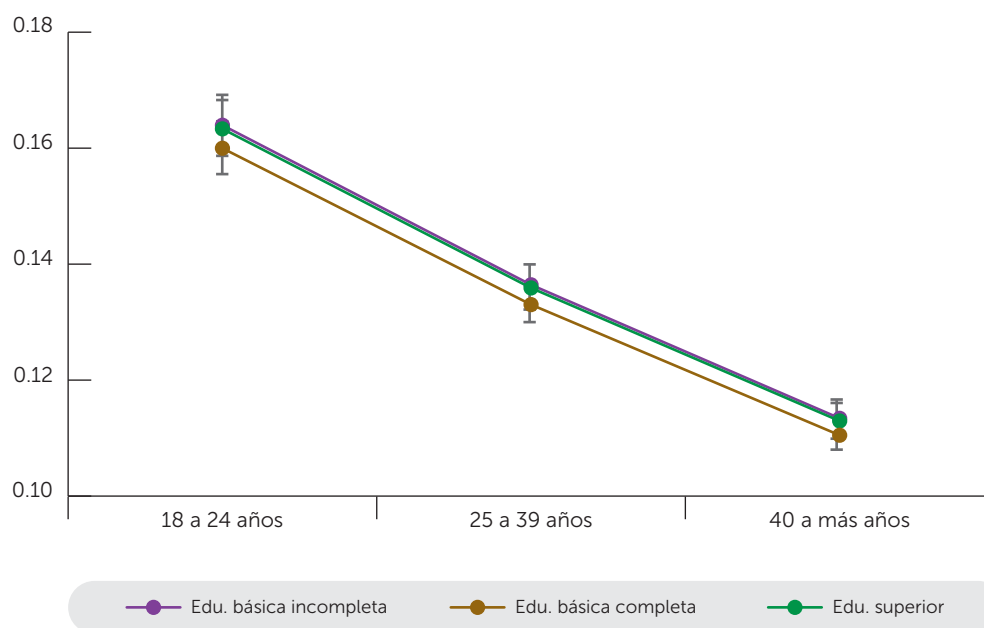


Elaboración propia

El hallazgo más contraintuitivo, sin embargo, está relacionado con el nivel educativo. Tal como muestra el Gráfico 4, contar con educación superior completa —universitaria o técnica— se asocia con una mayor probabilidad de aprobar un gobierno autoritario en comparación con quienes no completaron la educación básica. Este resultado se mantiene incluso después de controlar por las demás variables incluidas en el modelo.

Gráfico 4

PROBABILIDAD DE APROBAR UN GOBIERNO AUTORITARIO POR GRUPO DE EDAD Y NIVEL EDUCATIVO



ELABORACIÓN PROPIA

En términos de magnitud, las estimaciones sugieren que las personas con educación superior completa presentan una probabilidad de aprobar un gobierno autoritario superior a la observada entre quienes cuentan únicamente con educación básica completa. Sin embargo, es importante señalar que, si bien puede observarse esta tendencia en las probabilidades estimadas, las diferencias no resultan estadísticamente significativas, por lo que los resultados deben interpretarse con cautela.

Estudios como los de Osterman y Robinson (2023) o Diwan y Vartanova (2018) plantean una revisión de la hipótesis clásica que asocia la educación con un apoyo generalizado a la democracia. A diferencia de la visión dominante en la ciencia política —heredera de la teoría de la modernización—, que asume un vínculo universal y positivo entre educación y valores democráticos, estos estudios matizan su efecto. Ambos trabajos coinciden en que el efecto político de la educación es contingente al tipo de régimen bajo el cual se adquiere. Mientras la educación recibida en contextos democráticos fomenta una mayor satisfacción con la democracia, confianza institucional e interés político, la educación impartida bajo regímenes autoritarios tiende a generar el efecto inverso, reduciendo la adhesión democrática y la confianza en las instituciones.

En términos más amplios, la investigación de Diwan y Vartanova (2018) muestra que la educación puede operar como un mecanismo de adoctrinamiento eficaz, capaz de moldear valores y preferencias políticas duraderas, especialmente cuando la socialización escolar ocurre en la juventud. Esta capacidad de los regímenes para utilizar el sistema educativo como instrumento de legitimación explica por qué la educación, lejos de ser intrínsecamente emancipadora, puede contribuir a la reproducción del statu quo autoritario. Pero también, Monsiváis-Carrillo y Cantú Ramos (2022) al examinar la relación entre el nivel educativo de los ciudadanos y su satisfacción con la democracia en América Latina, señalan que los ciudadanos con mayor nivel educativo están menos satisfechos con el régimen que los menos educados. Se argumenta que los logros educativos acumulados alimentan juicios críticos sobre el desempeño del régimen en una región con desafíos democráticos.

Estos debates nos presentan interrogantes respecto a qué significa que las personas con mayores niveles educativos en el Perú presenten más probabilidades de aprobar un gobierno autoritario que una persona con educación básica incompleta. En general, y como indicamos al inicio, en los últimos años se ha producido un deterioro profundo de las instituciones democráticas en el país, lo que puede contribuir a generar diagnósticos críticos sobre un sistema percibido como ineficaz. Sin embargo, este hallazgo también invita a considerar el deterioro de la educación superior como parte del problema. La expansión acelerada del sistema, la pérdida de calidad formativa y la débil orientación cívica de muchas instituciones pueden estar limitando la capacidad de la educación para promover valores democráticos y pensamiento crítico. En ese sentido, habría que explorar si la relación entre educación y democracia no solo depende del tipo de régimen político, sino también de la naturaleza del sistema educativo mismo y de su capacidad para formar ciudadanos comprometidos con el orden democrático.

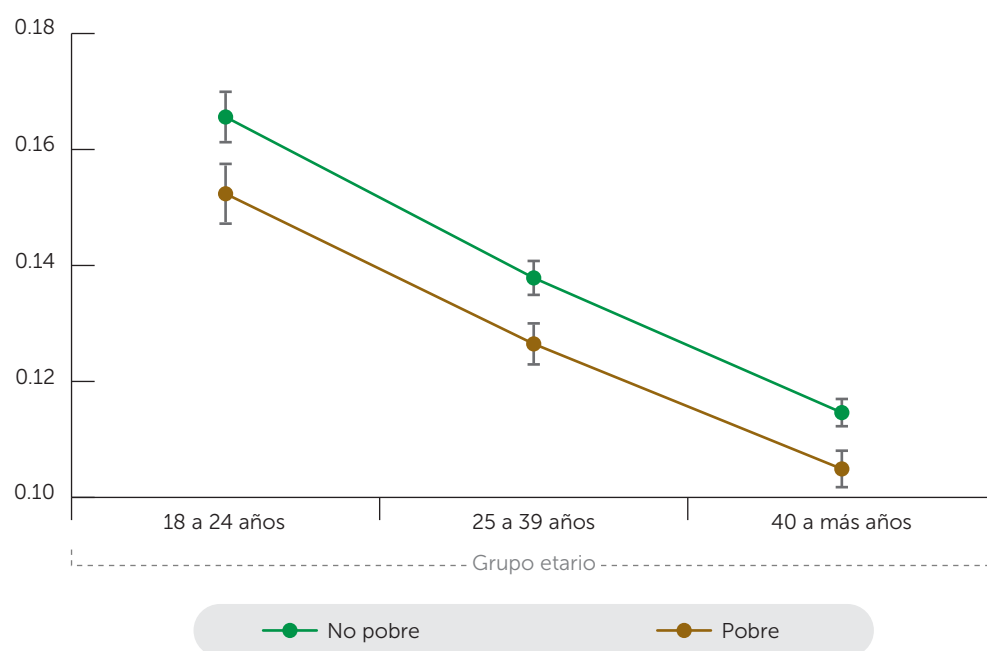
Es importante continuar explorando las relaciones encontradas entre otras variables y la preferencia por un gobierno autoritario. En primer lugar, es relevante interpretar el resultado que las mujeres, aquellos en condición de pobreza y residentes en áreas rurales muestren una preferencia estadísticamente menor por un gobierno autoritario. Algunas explicaciones de estos resultados pueden estar vinculadas a factores de experiencia histórica, vulnerabilidad social y percepción del poder político. En el caso de las mujeres, su menor apoyo a regímenes autoritarios podría relacionarse con una mayor valoración de la participación democrática y de los derechos civiles, así como con la percepción de que los gobiernos autoritarios tienden a restringir las libertades y oportunidades políticas.

Asimismo, las personas en condición de pobreza o residentes en áreas rurales muestran un menor respaldo a gobiernos de corte autoritario. Este es un hallazgo que también se presenta como contraintuitivo, ya que varios estudios han mostrado cómo regímenes autoritarios pueden sostenerse a través de la dependencia económica de ciertos sectores de la población. Desde estas perspectivas, se ha argumentado que mayores niveles de desarrollo económico, educación y bienestar favorecen la consolidación de valores democráticos y reducen el atractivo del autoritarismo (Lipset, 1960; Fritzsche y Vogler, 2020). No obstante, dado los resultados para el caso peruano, y a modo de hipótesis, el menor respaldo

al autoritarismo de parte de sectores vulnerables podría deberse a una mayor desconfianza hacia el poder concentrado y una valoración más pragmática de la estabilidad democrática como mecanismo para acceder a políticas sociales o de redistribución como aquellas que se promovieron con el establecimiento de programa como Juntos o Pensión 65. Asimismo, los periodos de autoritarismo en el Perú se han caracterizado por ser especialmente violentos y excluyentes con las poblaciones más vulnerables del país como lo son las personas que residen en territorios rurales, indígenas o en condición de pobreza (CVR, 2003).

Gráfico 5

PROBABILIDAD DE APROBAR UN GOBIERNO AUTORITARIO POR GRUPO DE EDAD Y CONDICIÓN DE POBREZA

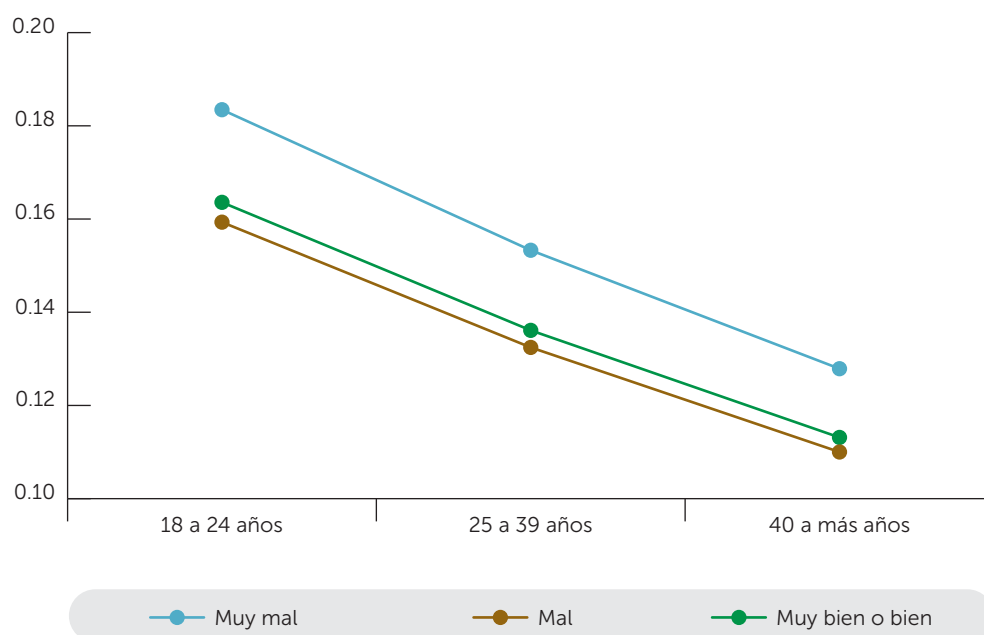


ELABORACIÓN PROPIA

Por otro lado, el hecho de que quienes evalúan que con los ingresos totales del hogar les va muy bien o bien muestren una menor preferencia por un gobierno no democrático, mientras que aquellos que consideran que la situación económica de sus hogares los obliga a gastar sus ahorros o endeudarse presenten una mayor probabilidad de apoyar un gobierno autoritario, puede reflejar que las percepciones económicas personales influyen significativamente en las actitudes políticas. Cuando la situación económica individual o familiar se percibe como adversa, surge una mayor predisposición a respaldar alternativas autoritarias que prometen soluciones rápidas o un liderazgo fuerte capaz de resolver las dificultades económicas.

Gráfico 6

PROBABILIDAD DE APROBAR UN GOBIERNO AUTORITARIO POR GRUPO DE EDAD Y PERCEPCIÓN DE CONDICIÓN ECONÓMICA



ELABORACIÓN PROPIA

Como se vienen desarrollando para el caso de otros países, actualmente, el apoyo al autoritarismo se encuentra menos asociado a la pobreza absoluta que a los sentimientos de amenaza, inseguridad o pérdida de estatus. Desde esta mirada, tanto sectores pobres como clases medias en situación de deterioro económico pueden inclinarse hacia opciones autoritarias cuando perciben que el orden social está en riesgo. A respecto, Xuereb et al. (2021) argumentaron que el apoyo a un líder fuerte no es una preferencia cultural fija, sino una reacción al desempeño del sistema vigente. En democracias, el fracaso económico impulsa el autoritarismo; en autocracias, el éxito económico lo consolida.

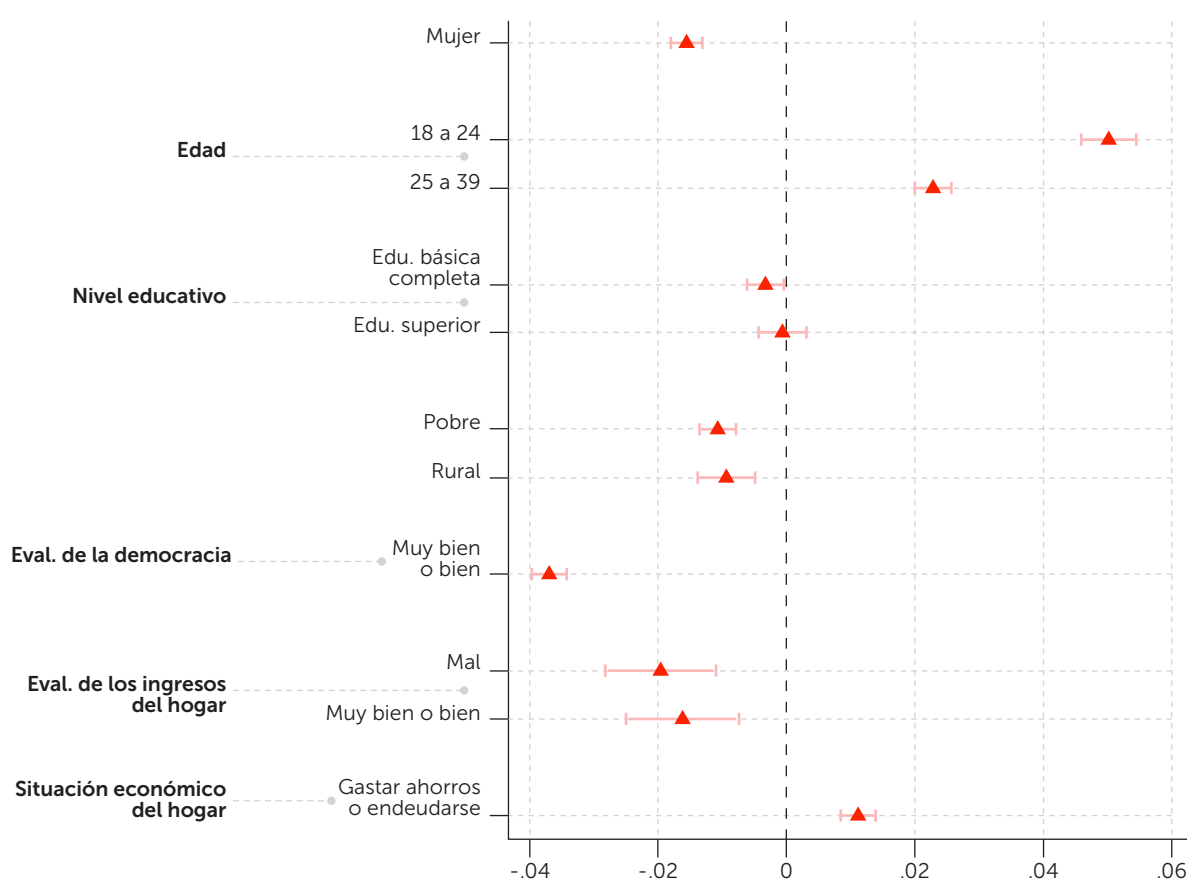
En línea con ello, un hallazgo especialmente relevante de este estudio, y que matiza los resultados en los otros ámbitos, es que en Perú evaluar positivamente el funcionamiento de la democracia constituye un factor altamente influyente en la predisposición a no respaldar un gobierno autoritario. En específico, hay que considerar que la democracia funciona muy bien o bien reduce en aproximadamente cuatro puntos porcentuales la probabilidad de mostrar apoyo a un gobierno autoritario.

Como se aprecia en el Gráfico 7, no todas las variables predicen con la misma fuerza el apoyo a un gobierno autoritario. El factor con mayor efecto positivo es la edad: pertenecer al grupo de 18 a 24 años es el predictor más potente del modelo, con un efecto marginal que se aproxima a 0,06 puntos porcentuales, claramente superior al del grupo de 25 a 39 años, cuyo efecto, aunque también positivo y significativo, es considerablemente menor. Esto confirma que la brecha entre jóvenes y adultos mayores no es lineal. La predisposición al autoritarismo se concentra especialmente en el tramo más joven del electorado.

En el extremo opuesto, evaluar positivamente el funcionamiento de la democracia es el predictor negativo más robusto del modelo, con un efecto marginal cercano a $-0,04$, lo que indica que la satisfacción democrática opera como el contrapeso más eficaz frente a la apertura autoritaria. Las variables de género, condición de pobreza y residencia rural muestran efectos negativos moderados y estadísticamente significativos, reforzando la lectura de que estos grupos exhiben una cultura política relativamente más apegada a los mecanismos democráticos. Por su parte, la evaluación negativa de los ingresos del hogar y la percepción de que la situación económica obliga a gastar ahorros o endeudarse producen efectos positivos sobre la probabilidad de aprobar un gobierno autoritario, aunque de magnitud más acotada.

Gráfico 7

PRINCIPALES DETERMINANTES DE APROBAR UN GOBIERNO AUTORITARIO



Elaboración propia.

Nota. Resultados obtenidos a partir de una regresión logística. El gráfico presenta los efectos marginales estimados para cada variable. La línea punteada vertical indica el valor de 0; por tanto, aquellos coeficientes cuyas barras de error no atraviesan dicha línea pueden considerarse estadísticamente significativos. Los coeficientes ubicados a la derecha de la línea representan efectos positivos sobre la probabilidad estimada, mientras que aquellos ubicados a la izquierda representan efectos negativos. Errores estándar agrupados a nivel de distritos.

Finalmente, las variables de nivel educativo —educación básica completa y educación superior— muestran efectos positivos, pero estadísticamente no significativos. Este resultado no invalida el argumento sobre la relación entre educación y autoritarismo desarrollado en el análisis, sino que obliga a matizarlo: la dirección del efecto es consistente con la hipótesis, pero su magnitud no alcanza a distinguirse estadísticamente en el modelo conjunto.

Existe amplia literatura que problematiza sobre las adhesiones democráticas. Daron Acemoglu et al. (2024) señalan que el apoyo ciudadano a la democracia depende fuertemente de la experiencia acumulada con regímenes democráticos que funcionan de manera efectiva. En otras palabras, la simple exposición a instituciones democráticas no garantiza una mayor adhesión a sus valores y principios; lo que verdaderamente fortalece el compromiso con la democracia es la vivencia de una democracia “exitosa”, entendida como aquella que combina crecimiento económico, control de la corrupción, estabilidad política, paz y provisión de bienes públicos. De hecho, los resultados indican que bajo una democracia con buen desempeño aumentan significativamente el apoyo ciudadano a las instituciones democráticas, mientras que la exposición a democracias ineficaces o a autocracias prósperas no genera efectos comparables.

En conjunto, los resultados de este estudio muestran que las actitudes hacia el autoritarismo no se distribuyen de manera homogénea entre la población joven, sino que responden a configuraciones específicas de vulnerabilidad, historia y posición socioeconómica. La menor predisposición al autoritarismo entre mujeres, personas en situación de pobreza y residentes rurales puede interpretarse como una respuesta vinculada a la experiencia de exclusión y a la valoración de los mecanismos democráticos como espacios de reconocimiento y acceso a derechos —programas de transferencias, becas o ayudas sociales—. Estos hallazgos invitan a profundizar en la dimensión subjetiva de la relación entre desigualdad social y cultura política, destacando cómo los sectores históricamente marginados desarrollan percepciones diferenciadas sobre la autoridad, la representación y la legitimidad institucional (Lupu, 2024).

Por último, la influencia de las percepciones económicas y de la evaluación del funcionamiento democrático refuerza la idea de que el apoyo a la democracia depende del desempeño efectivo de sus instituciones. Cuando la democracia se percibe como ineficaz o incapaz de garantizar bienestar, aumentan las disposiciones hacia alternativas autoritarias que prometen orden y resultados inmediatos (Levitsky y Ziblatt, 2018; Acemoglu et al., 2024). En ese sentido, el aumento del interés político entre los jóvenes podría estar asociado a una politización crítica ante la crisis de representación, más que a un fortalecimiento de la adhesión democrática.



Los hallazgos de este estudio no se agotan en sus dimensiones estadísticas. En conjunto, apuntan a un fenómeno de mayor complejidad que muestra que la emergencia de una generación que ha politizado su desencanto, pero que no encuentra en la democracia realmente existente un horizonte de sentido. Esta es, quizás, la lectura más inquietante del combo peligroso propuesta en este documento de trabajo. No se trata de jóvenes que ignoran la política, sino de jóvenes que la observan con atención y concluyen que las reglas del juego democrático no funcionan para ellos. El combo peligroso sería entonces el síntoma de una democracia sin promesas. En una encuesta del IEP del 2025, se reportó que para cuatro de cada diez jóvenes la democracia significa igualdad.

El aumento del interés político juvenil a partir de 2016 se produce en un ciclo de destrucción acelerada de la institucionalidad: censuras ministeriales, indultos polémicos, renuncias presidenciales, denuncias infundadas de fraude electoral y autogolpes frustrados. Pero más que una cadena de crisis, lo que estos episodios expresan es la consolidación de lo que antes describimos como no-política o, dicho de otro modo, la renuncia sistemática de las instituciones a orientarse por el bienestar colectivo, sustituida por la lógica del interés particular y el desacuerdo permanente. Para una generación que llegó a la mayoría de edad política en ese entorno, la democracia peruana no ha sido una promesa traicionada por un régimen autoritario identificable —como lo fue el fujimorismo para generaciones anteriores— sino algo más difuso y, en cierto sentido, más desmovilizador: una experiencia cotidiana de instituciones que no sirven para construir nada común. En

términos de Acemoglu et al. (2024), el apoyo a la democracia se construye sobre la experiencia de una democracia que funciona. Si la experiencia disponible es la de una no-política que vacía ese funcionamiento, el resultado no debería sorprender.

Esto obliga a matizar la propia noción de *combo peligroso*. El peligro no reside únicamente en las actitudes de los jóvenes, sino en las condiciones que las producen. Señalar que los jóvenes son más proclives al autoritarismo sin atender al sistema político que generó esa proclividad sería invertir la causalidad. Los jóvenes, entonces, no serían el problema, sino el síntoma más visible de un sistema democrático que ha perdido su capacidad de producir adhesión.

El hallazgo sobre educación, en ese sentido, es revelador. Se observa que aquellas personas que tienen educación superior no presentan una probabilidad de aprobar un gobierno autoritario significativamente menor que personas con menores niveles educativos. Estos resultados, si bien no son concluyentes, cuestionan la hipótesis clásica de la modernización —más educación, más democracia— y exige una explicación que vaya más allá de los efectos del régimen político sobre el sistema educativo. Una lectura alternativa, compatible con los datos, es que la educación superior en el Perú actual forma ciudadanos con mayor capacidad crítica para diagnosticar el fracaso del sistema, pero sin herramientas institucionales ni culturales para canalizar ese diagnóstico hacia una acción democrática transformadora. La crítica sin salida institucional puede derivar, paradójicamente, en una demanda de orden autoritario.

En este punto, el trabajo de Gil Piedra (2025) aporta una dimensión que los datos de encuesta no capturan. La apertura al autoritarismo que miden las encuestas es, en su mayoría, una actitud difusa: el tipo de desencanto que Chávez (2016, 2020) o Nureña (2017) documentan en distintos contextos universitarios, donde los jóvenes se alejan de la política institucional sin abrazar un proyecto alternativo definido. Pero Gil Piedra muestra que ese mismo desencanto puede tomar una forma cualitativamente distinta: la de colectivos con agenda ideológica explícita, organización deliberada y articulación con proyectos partidarios de derecha conservadora. No es el activismo reactivo de las movilizaciones coyunturales ni el clientelismo estudiantil de la política subnacional, es más bien una apuesta estratégica de largo plazo por disputar la hegemonía cultural. En ese sentido, el *combo peligroso* tiene al menos dos expresiones. Una de ellas más difusa, que se registra en encuestas como mayor tolerancia al autoritarismo, y una más organizada, que cuenta con actores, redes y agenda política. La segunda es más minoritaria, pero tiene capacidad de ser más duradera.

La brecha de género ofrece otra clave interpretativa. Que los hombres jóvenes muestren mayor apertura al autoritarismo que las mujeres jóvenes no es un dato menor, y contrasta parcialmente con las tendencias latinoamericanas descritas por Clerici, Kessler y Vommaro (2025), donde el progresismo cultural es más transversal entre jóvenes. Una hipótesis plausible, que este estudio no puede testear pero que abre agenda, es que la expansión del feminismo y de las agendas de derechos en el Perú reciente ha generado entre las mujeres jóvenes una mayor identificación con la democracia como régimen de derechos, mientras que en algunos hombres

jóvenes ha producido el efecto contrario: la percepción de que el sistema democrático favorece agendas que los desplazan simbólicamente. Esta tensión, presente también en el debate europeo y en las “nuevas derechas” latinoamericanas, aún no ha sido suficientemente estudiada en el contexto peruano.

Finalmente, el contraste entre quienes tienen menor predisposición al autoritarismo —mujeres, personas en situación de pobreza, residentes rurales— y quienes tienen mayor —hombres jóvenes con educación superior en zonas urbanas— redefine el mapa de riesgo democrático en el Perú. Los sectores históricamente marginados exhiben, paradójicamente, una cultura política más apegada a los mecanismos democráticos, probablemente porque han aprendido a usar esos mecanismos —transferencias, becas, programas sociales— como vías de acceso a derechos. Este hallazgo sugiere que la democracia peruana tiene sus defensores más consistentes no en las élites educadas, sino en los sectores que más han dependido de ella para sobrevivir. Es una paradoja que debería ocupar un lugar central en la discusión sobre cómo fortalecer la cultura democrática en el país.

En pleno proceso electoral del 2026 en el que más de un millón de jóvenes votaron por primera vez, estos hallazgos adquieren urgencia política. No se trata solo de preguntar a qué candidatos o propuestas se inclinaron esos jóvenes, sino de comprender que su relación con la democracia no se resuelve en las urnas. Se juega en los años previos y posteriores, en la calidad de las instituciones que experimentan, en la capacidad de la educación para producir ciudadanía crítica y comprometida, y en la posibilidad real de que sus demandas encuentren respuesta en el sistema. En ausencia de esas condiciones, el interés político juvenil seguirá siendo combustible disponible para opciones que prometen orden a cambio de libertad. Fue la advertencia que Macassi formuló al inicio de la transición democrática, y sigue siendo, más de veinte años después, la pregunta sin respuesta.



- Acemoglu, D., Ajzenman, N., Aksoy, C. G., Fiszbein, M., & Molina, C. (2024). (Successful) democracies breed their own support. *The Review of Economic Studies*, 92(2), 621–655.
- Alva, H., y Valeriano, S. (2021). *Las redes sociales como medio de motivación en la participación política de los jóvenes de 18 a 25 años en el Perú durante el 2020. Caso: Marchas contra Manuel Merino* [Tesis de licenciatura, Universidad Tecnológica del Perú].
- Alvarado-Salgado, V., Ospina-Alvarado, M.C., Amador-Baquiro, J.C., y Loaiza de la Pava, J. (2023). Jóvenes en el estallido popular en Colombia 2021. *Iberoamericana*, 23 (82), 37-58.
- Barrenechea, R., y Encinas, D. (2022). Perú 2021: Democracia por defecto. *Revista de Ciencia Política*, 42(2), 407–438. <https://doi.org/10.4067/s0718-090x2022005000115>
- Cain Miller, C. (2024, September 15). How the last eight years made young women more liberal. *The New York Times*.
- Cano-Correa, A. M., Quiróz-Velasco, M. T., y Nájjar-Ortega, R. (2017). Jóvenes universitarios en Lima: Política, medios y participación. *Comunicar*, 53 (25), 71-79.
- Chaparro, H., Zúñiga, C., Fuentes-Tobar, C., Uribe-Bravo, K., y Ruiz-Dodobara, F. (2024). La identidad social como mediadora entre las emociones y la participación en acciones colectivas: Una investigación en estudiantes peruanos y chilenos. *Revista de Estudios Sociales*, 90, 101–119.

- Chávez, N. (2016). Los circuitos políticos: cambios institucionales y nuevos movilizados de la organización política estudiantil en el Perú. *Debates en Sociología*, 43, 31–61.
- Chávez, N. (2020). *Movilizaciones sociales en Lima: Redes, identidades y oportunidades en Los Pulpines y Toma el Bypass* (Cuaderno de Trabajo 54). Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Clerici, P., Kessler, G., y Vommaro, G. (2025). Vínculos juveniles con la política: Brechas generacionales y de género, y neoautoritarismo en Argentina, Brasil, Colombia y México. *Colombia Internacional*, 122, 147–186.
- Coronel, O. (2023). Ni revolución ni barbarie: ¿por qué protestan en Perú? *Nueva sociedad* 304. Disponible en: <https://nuso.org/articulo/304-revolucion-barbarie-protestas-peru/>
- CVR (2003). *Informe final de la comisión de la verdad y reconciliación*. Comisión de la Verdad y la Reconciliación.
- Dargent, E., y Rousseau, S. (2021). Perú 2020: ¿El quiebre de la continuidad? *Revista de Ciencia Política*, 41(2), 377–400. <https://doi.org/10.4067/S0718-090X2021005000112>
- Diwan, I., y Vartanova, I. (2018). *Does education indoctrinate? The effect of education on political preferences in democracies and autocracies* (Working Paper 1178). Economic Research Forum.
- Faur, E. (2019). Guerreras. *Revista Anfibia*.
- Fernández-Maldonado, E. (2015). *La Rebelión de los Pulpines: Jóvenes, Trabajo y Política*. Otra Mirada.
- Foa, R., Klassen, A., Wenger, D., Rand, A., y Slade, M. (2020). *Youth and satisfaction with democracy: Reversing the democratic disconnect?* Centre for the Future of Democracy.
- Fritzsche, E., y Vogler, A. (2020). Why the confusion? Reasons and remedies for shortcomings and progress in modernization theory. *Democratization*, 27(7), 1261–1279. <https://doi.org/10.1080/13510347.2020.1781093>
- Gil Piedra, R. (2025). Nuevas juventudes, viejos valores: trazos conservadores en el Perú contemporáneo. *Simbiótica. Revista Eletrônica*, 12(3), 148–169.
- Hinsliff, G. (2025, Abril 25). We obsess over the angry young men going Reform. But what of the anxious young women going Green? *The Guardian*.
- Huamán, A., Herrera, D., García, A., Azañedo, V., Mendoza, C., y Pérez, F. (2022). Liderazgos juveniles rurales. Territorios, trayectorias de vida y participación juvenil. En Dammert, J. L., Trivelli, C., y Diez, A. (Eds.), *Perú: el problema agrario en debate*. SEPIA XIX (pp. 133-473). Seminario Permanente de Investigación Agraria.
- IEP. (2026). Informe especial. Percepción sobre política y democracia, 2026. <https://estudiosdeopinion.iep.org.pe/wp-content/uploads/2026/03/IEP-Informe-IBC-Politica-y-democracia-2026-1.pdf>
- Ilizarbe, C. (2023). Perú 2022: Colapso democrático, estallido social y transición autoritaria. *Revista de Ciencia Política*, 43, 349–375.

- Jave, I., y Uchuypoma, D. (2016). *Jóvenes y partidos políticos. dinámicas de la militancia en el APRA y el PPC*. Instituto de Democracia y Derechos Humanos de la Pontificia Universidad Católica del Perú y Fundación Konrad Adenauer.
- LAPOP. (2026). Barómetro de las Américas. Presentación de resultados. <https://estudiosdeopinion.iep.org.pe/wp-content/uploads/2026/03/Barometro-de-las-Americas-2025-26-Peru.-Presentacion-24-de-marzo-1.pdf>
- Larrondo, M., y Ponce Lara, C. (Eds.). (2019). *Activismos feministas jóvenes: Emergencias, actrices y luchas en América Latina*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Levitsky, S., y Ziblatt, D. (2018). *How democracies die*. Crown Publishing.
- Lipset, S. (1960). *Political Man. The Social Bases of Politics*. Doubleday.
- Lupu, N. (2024). *Weak parties and the inequality trap in Latin America* (IDB Working Paper Series No. 1591). Banco Interamericano de Desarrollo.
- Macassi, S. (2002). Participación juvenil en el contexto de recuperación democrática. *Última Década*, 16, 189–199.
- Marañón, A. (2017). ¿Demócratas, pero antipolíticos? Juventud universitaria y sentidos de lo político entre 1997–1998. *Argumentos*, 11(1), 19–24.
- Margulis, M., y Urresti, M. (1988). La construcción social de la condición de juventud. En *Viviendo a toda: Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Universidad Central/DIUC; Siglo del Hombre Editores.
- Melucci, A. (1996). *Challenging codes: Collective action in the information age*. Cambridge University Press.
- Milosav, D., Dickson, Z., Hobolt, S., Heike, K., Kuhn, T., y Rodon, T. (2025). The youth gender gap in support for the far right. *Journal of European Public Policy*, 33 (2), 0444–468.
- Monsiváis-Carrillo, A., y Cantú Ramos, G. (2022). Education, democratic governance, and satisfaction with democracy: Multilevel evidence from Latin America. *International Political Science Review*, 43(5), 662–679.
- Morel, J. (2018). *Percepciones sobre lo público y desigualdades entre la juventud de Lima Metropolitana y el Callao* (Documento de Trabajo, 247). Instituto de Estudios Peruanos.
- Muguerza, M., y Gonzales-García, C. (2022). Generación del bicentenario: movimientos juveniles contra el expresidente Merino. *Universitas-XXI*, 37, 149–171.
- Nureña, C. (2017). Juventud y cultura política en el Perú: El caso de los estudiantes de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima. *Argumentos*, 11(1), 60–64.
- Nureña, C., Ramírez, I., y Salazar, D. (2013). *Jóvenes, universidad y política. Una aproximación a la cultura política juvenil desde las perspectivas de los estudiantes de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos*. Secretaría Nacional de Juventud; Ministerio de Educación.
- Ojo Público (2020, 23). “La generación del bicentenario se moviliza para cambiar un status quo que no responde a sus necesidades” Entrevista a Noelia Chávez por Rosa Chávez Tarcila.

Disponible en: <https://ojo-publico.com/politica/la-generacion-del-bicentenario-se-moviliza-contra-el-status-quo>

- Osterman, M., y Robinson, D. (2023). Educating democrats or autocrats? The regime-conditional effect of education on support for democracy. *Political Studies*, 71(4), 1298–1320.
- Palenzuela Fundora, Y. (2018). Participación social, juventudes, y redes sociales virtuales: rutas transitadas, rutas posibles. *Última Década*, 48, 3–34. <https://doi.org/10.4067/S0718-22362018000100003>
- Peker, L. (2019). *La revolución de las hijas*. Paidós.
- Rivera-Aguilera, G., Imas, M., y Jiménez-Díaz, L. (2021). Jóvenes, multitud y estallido social en Chile. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 19(2), 230–252. <https://doi.org/10.11600/rclcsnj.19.2.4543>
- Semán, P. (Ed.). (2023). *Está entre nosotros. ¿De dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?* Siglo Veintiuno Editores.
- Tilly, C., y Wood, L. (2009). *Los movimientos sociales, 1768–2008: Desde sus orígenes a Facebook*. Crítica.
- Vázquez, M. (2022). ¿El rugir de los leones? Participación juvenil y nuevas derechas durante la pandemia. En Vommaro, P. (Ed.) *Experiencias juveniles en tiempos de pandemia: ¿Cómo habitan la pandemia las juventudes y qué cambió en su vida cotidiana?* (pp. 111-124). Grupo Editor Universitario.
- Vázquez, M. (2024). “Revolucionario es ser de derecha”. Participación juvenil en las nuevas derechas desde el retorno a la democracia. En Vázquez, M., Vommaro, P., y Rocca Rivarola, D. (Eds.). *Juventudes militantes desde la recuperación democrática: participación política, vida cotidiana y cultura* (pp. 61-86). Instituto de Investigaciones Gino Germani-UBA; Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Venturo, S. (2001). *Contrajuventud: Ensayos sobre juventud y participación política*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Villanueva Mansilla, E. (2021). *Rápido, violento y muy cercano: Las movilizaciones de noviembre 2020 y el futuro de la política digital*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Vommaro, P. (2015). *Juventudes y políticas en la Argentina y en América Latina: Tendencias, conflictos y desafíos*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Vommaro, P., y Cozachcow, A. (2023). Juventudes, políticas y generaciones en América Latina, de la segunda mitad del siglo XX al siglo XXI. Introducción. *Iberoamericana*, XXIII, 82, 7-13.
- Xuereb, S., Wohl, M. J. A., Stefaniak, A., y Elgar, F. J. (2021). Social and Economic Determinants of Support for a Strong Non-Democratic Leader in Democracies Differ From Non-Democracies. *Journal of Social and Political Psychology*, 9(2), Article e7235. <https://doi.org/10.5964/jspp.7235>



ISBN: 978-612-326-365-2



9 786123 263652